



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de máster, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 7 Número 2 (diciembre 2019)

Ana Sáenz Bermell

El películón de Antena 3

Sáenz Bermell, Ana: *El películón de Antena 3*. JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 7.2 (2019)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

El pelicolón de Antena 3

«Basada en hechos reales»

Steven Spielberg

Cuando los inquilinos nuevos llegaron, Julia tuvo sentimientos encontrados. Al chico le hizo la cruz enseguida, tenía cara de vinagre y cuando iba y venía a casa siempre iba hablando por teléfono a voz de grito. Julia no soportaba a la gente estridente (ni a los callados, esa gente no era de fiar), aunque en el fondo sí que le gustaba, porque mientras más gritaba el chico de más cotilleos se enteraba ella.

La chica, por otra parte... Al principio le cayó bien, siempre le preguntaba por el marido, por la perra y por la espalda, los tres temas de los que más le gustaba quejarse a Julia. Además, de vez en cuando les llevaba un trozo de tarta casera. Sus hijos le tenían prohibido comprar o prepararse nada azucarado, pero que la vecina le regalara tarta era un vacío legal del que Julia se aprovechaba de buena gana.

Pero todo en esta vida se acaba, y esa inusual simpatía que sentía Julia por la semidesconocida murió un día que salió a la calle a que le diera el sol; porque el doctor le había dicho que le hacía falta vitamina D pero no podía irse de paseo porque con lo de las vértebras, claro, le costaba moverse; y se fijó en lo sucios que tenía la chica los alféizares. Y pronto empezó a ver con claridad los mil defectos que tenía su nueva vecina.

No ponía suficientes pinzas cuando tendía la ropa; siempre que entraba al edificio miraba el buzón; día sí y día también pedía comida a domicilio, como si no tuviera tiempo para cocinar algo, así estaba todo el día encerrada en casa!; siempre ponía esa sonrisa boba cuando le hablaban y tenía una voz de pito que se te clavaba en el cerebro. Además, la habitación de Julia estaba pared con pared con la de los chicos, y de vez en cuando la despertaban en mitad de noche con menudos zarandeos... Luis no se despertaba, claro, ni aunque le hubieran taladrado la pared al lado de la oreja. La pasividad de su marido era exasperante.

Julia tenía dos ventanas al mundo. La tele y la del salón. Normalmente mandaba a Luis al cuarto a ver el tour o la fórmula uno en la tele pequeña, mientras ella veía el Sálvame en la tele grande del salón (que funcionaba perfectamente, gracias por preguntar, y mientras funcionara no pensaba cambiarla por una plana), pero de vez en cuando, sobre todo cuando no hacía ni mucho frío ni mucha calor y la gente salía a pasear, prefería mirar por la ventana. En una de estas, dio la casualidad de que pasó la chica por delante, con un vestido verde ridículo: largo y todo recto, con manga larga y cuello alto, que se tendría que estar cociendo. Julia ya había visto ese estilo de ropa en otra parte.

—¿Has visto eso, Luis? ¡Parece una novicia de las del Convento de Butarque! —Dijo entre risas ahogadas.

Su marido respondió con un ronquido. Se había quedado dormido en su sillón, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Para decepción de Julia, su marido no había visto nada.

Como no podía comentar la jugada con Luis, Julia pasó al plan B. Surtió efecto tal y como esperaba. Pasadas unas cuantas horas, ya por la noche, vio a la chica ir a tirar la basura, volver a entrar al edificio, mirar el buzón y... Oyó cómo llamaban al timbre.

—¿Doña Julia? Tengo en el buzón una carta que creo que es para su marido. Él se apellida Garrido, ¿no?

Julia cogió la carta y leyó los datos del destinatario, fingiendo sorpresa. Lo que era más importante, la chica seguía llevando el vestido verde. Saboreó lentamente las palabras mientras salían de su boca.

—Niña, ¿no tienes calor, con ese vestido de novicia?

La sonrisa boba se mantuvo petrificada en los labios de la chica, pero durante medio instante Julia vio una expresión nueva en sus ojos. ¿Fastidio?

¿Rabia? ¿Odio? Fuese como fuese, Julia durmió muy bien esa noche. Cuando no consiguió conciliar el sueño fue el sábado siguiente. Por la tarde hizo mucho calor, por lo que la gente se quedó durmiendo la siesta en lugar de salir a pasear, y Julia estaba aburrida. Al final terminó poniéndose una película en Antena 3, así por lo menos estaría entretenida.

Empezaba con que una alemana rubia guapísima, madre soltera de una niña alemana rubia guapísima de unos ocho años, se mudaba a una ciudad nueva. Un cachas alemán muy bronceado la ayudaba a llevar unas cajas muy pesadas a la casa, y luego se iba. Luego llamaban a la puerta, y aparecía el cachas acompañado de una alemana morena guapísima (aunque menos que la rubia) con un plato de galletas en las manos. En fin, le daban la bienvenida a la rubia, y cuando el cachas decía sonriendo «ya nos conocíamos», la morena tenía la misma expresión que la chica cuando lo del vestido de novicia. Ahí Julia empezó a interesarse.

La morena era (parecía) la vecina ideal, siempre le llevaba galletas, bizcochos o un pastel alemán con un nombre muy complicado a la rubia y a la hija, pero la hija se empezó a poner mala y no sabían por qué. A todo esto se ve a la morena tirando bolsas de basura enteras llenas de manzanas cortadas. Que no se os olvide que esto es importante. Bueno, que el cachas, que era médico cirujano, se implicaba con la niña enferma y pasaba mucho tiempo en la casa de la rubia, que a pesar de que había mucha tensión sexual no se insinuaba porque era una mujer decente; y en parte porque estaba ocupada preocupándose de que si su hija se iba a morir o no.

Pero la morena se ponía muy celosa y le recriminaba al marido que pasaba más tiempo con la rubia que con ella y le decía que estaba embarazada. El cachas se enfadaba porque por lo visto no podían tener hijos y era un golpe muy bajo. Luego se veía a la morena comprando como cinco quilos de manzanas y haciendo dos bizcochos. De chocolate, no de manzana. Ponía cara de mala para llevarle uno a la rubia, para su hija enferma, y luego se comía el otro sola en casa, llorando y tocándose el estómago.

Cuando el cachas llegaba a casa de noche se encontraba a su mujer inconsciente en el suelo y la llevaba corriendo al hospital. Resultaba que había tenido un aborto por envenenamiento por cianuro. Después llorar y disculparse, el cachas tenía una corazonada y le decía a la rubia que le hiciera a su hija una prueba de cianuro. Daba positivo y... Julia tuvo que apagar la tele porque llegó su hija la mayor a dejarle a los niños un rato, que tenía que ir a comprar al Parquesur y estaban imposibles.

Cuando se fueron los nietos tiró el trozo de *brouni* o *brauni* que se guardaba para el domingo a la basura. Se dio cuenta de que la chica no le daba dulces a los otros vecinos, y sabía que Luis era más de salado. ¿Qué se habría estado comiendo todo este tiempo?

Un par de horas después de que Luis empezara a roncar, Julia todavía no se había dormido. Oyó pasar una voz de mujer hablando a susurros, a la que respondía una voz de hombre que obviamente no se había dado cuenta del silencio que reinaba en la calle. Eran los vecinos que volvían a casa.

Como Julia no iba a poder dormir de todos modos, se decidió a descubrir la verdad tras esa sonrisa boba. Pasados cinco minutos se levantó de la cama, salió de su casa y se dirigió a la puerta de enfrente.

Por suerte para ella, por esa casa habían pasado muchos inquilinos, cada uno con sus manías, y uno de ellos se había instalado una cerradura antigua, por la que, si su espalda le permitía agacharse lo suficiente, podría ver el interior de la vivienda.

La chica estaba en pijama, encogida en el sofá, el chico despatarrado en el sillón. Ella miraba fijamente a su pantallita y tecleaba mientras le contaba algo a su pareja, para terminar preguntando.

—¿Entonces? ¿Le digo a Lucía que sí?

No recibió respuesta. Se giró hacia él y vio que se había quedado dormido en el sillón con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Para decepción de la chica, su pareja no se había enterado de nada.

Perfil del autor:

Ana Sáenz Bermell es una traductora de inglés y japonés especializada en cómics y audiovisual. Además, actualmente está terminando un máster en Traducción Literaria en la Universidad Complutense de Madrid. Sus géneros literarios favoritos son el realismo mágico y la ciencia ficción dura.

Contacto: <ansaenz@ucm.es>